

El diálogo ¿otro imposible?

Sumario

La palabra por la vía del diálogo. El diálogo: algunas acepciones, características y estructuras. Encuentro intercultural: ¿Un diálogo con el otro? La infaltable presencia de la ética. Para concluir ¿Es imposible el diálogo?

Resumen

La creciente monologización del mundo actual, acompañada del cada vez más frecuentado aislamiento trastrocado en el abandono de sus habitantes, parece anunciar que la capacidad para el diálogo se ha desvanecido hasta el punto de acabarse casi definitivamente. Se trata de un acontecimiento de nuestra civilización, en la cual el lenguaje, la palabra, van en dirección inversa al hecho científico y del alto desarrollo de ésta. Hoy, con dificultad se dialoga, y en una atmósfera de constantes conflictos, se acaba por optar por la salida irracional de la fuerza y la rebelión, que por el consenso al cual se puede llegar siempre y cuando se reconozca el diálogo como el beneficio natural del que ha sido dotado el hombre como ser de lenguaje, según lo indicara Aristóteles.

Palabras clave: Diálogo, acuerdo, conflicto, comunicación, lenguaje, consenso, filosofía, tradición.

Abstract

The growing monologization of the current world, accompanied by the more and more frequented isolation reversed in the abandonment of its inhabitants, seems to announce that the capacity for the dialogue has disappeared until the point of finishing almost definitively. It is an event of our civilization, in which the language, the word, they go in inverse direction to the scientific fact and of high development of this. Today, with difficulty people dialogue, and in an atmosphere of constant conflicts, we opt for the irrational exit of the force and the rebellion that for the consensus to which you can arrive provided it is recognized the dialogue like the natural benefit of which man has been endowed like a language being, according to Aristotle.

Key words: Dialogue, agreement, conflict, communication, language, consensus, philosophy, tradition.

Artículo: recibido, septiembre 24 de 2004; octubre 8 de 2004.

Judith Nieto López: Doctora en Ciencias Humanas, mención: Literatura y Lingüística, universidad Austral de Chile. Profesora de la Escuela de Filosofía de la Universidad Industrial de Santander.

E-mail : judithnieto@epm.net.co

El diálogo ¿otro imposible?

Judith Nieto López

(...) ¿Está desapareciendo el arte de la conversación? ¿No observamos en la vida social de nuestro tiempo una creciente monologización de la conducta humana? ¿Es un fenómeno general de nuestra civilización que se relaciona con el modo de pensar científico-técnico de la misma? ¿O son ciertas experiencias de autoenajenación y soledad del mundo moderno las que les cierran la boca a los más jóvenes? (Gadamer 1994, p 203).

En nuestra realidad cotidiana encontramos “diálogos ópticos” en la pantalla de los cajeros automáticos; los softwares en las computadoras nos ofrecen una “dialogue box”, “una dialogue window”, y nos inquietamos cuando en la prensa leemos que no se logra el “diálogo nacional” o que se busca un acercamiento mediante un “diálogo político”, por ejemplo. En todo momento escuchamos, leemos acerca del requerimiento y la realización de distintos tipos de diálogo; y con frecuencia participamos o tenemos la oportunidad de participar de ellos. La comunidad toda parece preocupada e interesada en el tema del diálogo (Rojas 1998, p 12).

Como puede apreciarse, el título que encabeza estas líneas evoca al psiquiatra y padre del psicoanálisis Sigmund Freud, para quien entre las actividades ejercidas por el hombre hay tres que resultan imposibles, sin embargo se hacen: gobernar, psicoanalizar y educar. Puede agregarse a éstas, una actividad más: la de dialogar, pues al parecer, los sujetos en condición de hablantes y de seres de lenguaje, hemos vivido gobernados por el “privilegio del diálogo”, circunstancia que en la actualidad deja ver que éste ha operado más como intento que como realidad no obstante, el legado de dialogantes antiguos, para quienes la palabra siempre fue viva y cobró vida.

Son frecuentes los casos del actual panorama nacional e internacional en los que la salida a los conflictos se consigue por la fuerza, desplazando a la palabra a una condición inferior e insignificante, pues aunque hoy los pretextos de las guerras se explican por el *temor a las armas*, éstas, a la postre, son las preferidas por quienes en medio de documentos, persecuciones y legitimadas declaraciones, no ven otra alternativa más favorable a la solución de un conflicto que la que ofrecen las armas, a diferencia de la entregada por las palabras. Casos recientes y de conocimiento mundial confirman esta afirmación, repetir esta patética realidad, es caer en una tautología.

La presente digresión encaminada a presentar algunas reflexiones en torno a la noción y a la práctica del diálogo¹ en nuestros tiempos, tendrá entre otros, el referente teórico de la filosofía, pues para preocupaciones como ésta y aunque parezca extraño no es inconveniente suponer a una disciplina como la filosofía un sentido de gran valor, y en igual proporción rescatar su comienzo dialógico, máxime cuando siempre se ha estado tras la razón de ser de su discurso. A la pregunta por la importancia de la filosofía puede resultarle persistente una preocupación hermenéutica fundamental que procure según plantean pensadores como Gadamer, la superación de la distancia entre el sentido de un discurso mantenido por quien escribe y por un lector que procura comprenderlo. Circunstancia que se registra cercana del ejercicio del diálogo, exaltando la tradición humanista en oposición abierta al monólogo racional y reafirmando en cambio, la constante tendencia de un diálogo que se despliega al interior de la comunidad, determinante del marco colectivo e histórico en que vive el individuo.

Lo acabado de plantear es pertinente, dado que cuando se procura una contribución a la reflexión y a la práctica desde la filosofía, es necesario volver a los orígenes de la cultura, los que tienen como centro la palabra y el lenguaje; una y otro son principios de la historia de la humanidad. El hombre tiene la palabra, pero ante todo posee un lenguaje, es una frase inaugural en la peculiar forma de pensar de los griegos; en la *Política* de Aristóteles se lee: “El hombre es el ser vivo que posee *logos*” (Aristóteles 1994: 55ss). El equívoco mayor

que se ha tenido es traducir *logos* por *rationale* y definir al hombre como ser de razón. El pasaje muestra un sentido unívoco. Éste plantea que de la misma manera que con respecto a la naturaleza de los animales, la del hombre ha hecho un progreso al conceder a éste el *logos*, o sea la posibilidad de mostrar, representar algo a través de palabras, con tal concesión la naturaleza le ha dado el sentido para lo conveniente o no y para lo justo e injusto. Aquí *logos* significa discurso, también remite a pensamiento y razón, pero ante todo es discurso, el lenguaje que devela lo que siempre está en nosotros.

Esta ligera rememoración sirve de preámbulo para entrar a considerar algunos aspectos acerca del *diálogo* y su recurrencia en el mundo actual, entendido como una de las utilidades o ventajas otorgadas por el pensar y la práctica filosóficos. Aspiro a través de esta motivación elegida con el propósito de reflexionar sobre un tema de palpitante actualidad en el contexto mundial, demostrar una especie de incapacidad para el diálogo visible en las medidas tomadas para la solución de conflictos, dado que cada vez, predomina la presencia de la fuerza y no la del diálogo, como salida al extremado mundo de dificultades del que es protagonista y víctima el hombre contemporáneo.

La palabra por la vía del diálogo

La palabra estuvo en el mundo del griego, como lo estuvieron su naturaleza de artífice del mármol, la disciplina de su cuerpo que le permitió lograr la más perfecta armonía,

¹ La palabra castellana *diálogo*, presenta el siguiente registro etimológico:

1. En su remoto origen indoeuropeo, hay que remitirse a la raíz *leg*, fundamento de todas las acciones humanas dirigidas a recoger y coleccionar algo. Una clase especial de esas acciones es la recoger y coleccionar palabras, por ellos es que todas ésta que designan la acción de hablar recogidas provienen de la mencionada raíz. Ejemplos:

Lekeis (gótica): que remite a quien pronuncia palabras mágicas.

Laece (anglosajona): el médico que cura pronunciando las palabras relativas a la mejor terapéutica.

Légo (griego): decir, expresar.

2. Al situar la voz diálogo en la lengua latina, se encuentra la palabra derivada *lego*, que designa las acciones de recoger, escoger y, por supuesto, leer, dado que ésta es una acción de recoger palabras que se hallan impresas en libros. Un lector es una persona que realiza la acción de recolectar palabras para sí. La palabra latina *lego* no sólo nombra la acción de coleccionar, sino también a las palabras coleccionadas que son legadas y enviadas a otros.

3. En la lengua griega se formó la palabra *lógos* por el vocalismo o y el sufijo o: *log-o*. Designó a la colecta de palabras sobre un tema, al punto que hoy en día se la hace equivalente a “tratado” (compilación de palabras). Y de este *lógos* se derivaron varias palabras por la adición de preposiciones: ana-logía: relación de semejanza entre dos colecciones de palabras relativas a distintos temas.

4. *Diá-logos* es otra de esas derivaciones de la palabra griega *lógos*, formada con la preposición griega *diá* (a través de).

Literalmente, *diá-logos* significa: colecta de palabras obtenida a través de un intercambio, de la conversación entre dos o más personas. Cuando dos o más personas versan sobre un tema, empleando palabras previamente colectadas, se produce una conversación cuyo producto es una nueva recolección de palabras sobre algún tema. En conclusión lectores y dialogantes son recolectores de palabras impresas o vocales sobre algún tema determinado.

5. Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), diálogo es “la acción de platicar entre dos o más personas, que relativamente manifiestan sus ideas o afectos”. Los académicos españoles reconocen el origen griego de la palabra *diálogos*. Pero identifican algunos tipos de diálogos anómalos, entre el que se destaca el “diálogo de sordos” o conversación en la cual los interlocutores no se prestan atención.



la estructura de la polis, la concepción de la ética, el preciso equilibrio entre la materia y el espíritu, el orbe de los dioses, a quienes conoció en su grandeza, dado que supo pensarlos y explicarlos desde una mirada antropomórfica, nada lejana de su propia sensibilidad.

Como artesano de su mundo, también lo fue de la palabra. Porque fue artesano del verbo, el heleno supo dar cuenta de las más antiguas epopeyas, de sus héroes y sus glorias, también de sus desventuras y fragilidades. La espontánea palabra hablada y bien cultivada, llegó al logro de altas dimensiones, en especial a las que apuntan a lo específico de la comunicación; fue gracias a ello, que la retórica, cultivada por el pueblo griego, era ante todo comunicación: de ideas y opiniones, hechos, conceptos y ética. “Tenía un poco de forense, otro poco de política y mucho de expositiva y narrativa” (Aristóteles 1967, p 111). Se trata de un material que además de sus trabajos sobre la palabra exalta tal vez la clasificación de textos más conocida por los griegos, la más recurrida, la del texto expositivo o narrativo; todo porque es una forma de discurso que admite la extensión requerida por la narración, pero además se dispone para la claridad comunicativa necesaria tanto para un tipo de discurso como el expresado, como para otros que se dan en la interacción cotidiana, es el caso del diálogo, motivo central de la presente intervención.

Las líneas que abren esta digresión hacen énfasis en el aspecto comunicativo del discurso, siendo ésta una de sus características históricas, como bien lo muestran las alusiones hechas a la obra del filósofo de Estagira. Dichas líneas tienen además otra preocupación, la de plantear que una de las motivaciones que ha llevado a pensar sobre el discurso en su manifestación dialogal consiste en reconocer y valorar su carácter comunicativo, máxime en una época y en un momento histórico como el presente, en el que la palabra, motor de todo intercambio discursivo hace necesarias contribuciones, las cuales son favorables a éstos, siempre y cuando sean públicos sus propósitos. Es justo sobre lo público de las intenciones del hablante y del oyente en la modalidad discursiva del diálogo a lo que conduce la urgencia de esta intervención.

Lo anterior confirma que el lenguaje constituye un complejo, pero a la vez necesario sistema de comunicación y de representación que puede materializarse a través de diferentes medios, siendo los más usuales: el oral y el escrito. Medios que a la vez dan lugar a

modalidades de realización discursiva como la conversación y el diálogo; una y otro representables tanto por la vía oral como por la escrita, y aunque diferentes, ambas, como manifestaciones de comunicación y de interacción, son desde antiguo, consustanciales al ser humano, como bien lo dejan ver testimonios clásicos retomados por pensadores contemporáneos:

Ya Platón expuso simplemente su filosofía en diálogos escritos, y no lo hizo sólo por reconocimiento al maestro de la conversación que había sido Sócrates. Consideró un principio de verdad que la palabra sólo encuentra conversación en la recepción y aprobación por el otro y que las conclusiones que no vayan acompañadas del pensamiento del otro pierden vigor argumentativo (Gadamer 1994, p 205).

Puede apreciarse cómo la conversación y el diálogo aparecen en forma análoga en un mismo texto, hecho que marca la dificultad de su separación conceptual. Lo importante de estas formas de realización discursiva es que se llevan a cabo por la vía del lenguaje y se practican tanto en los encuentros más cotidianos como en acciones de escritura (redacción de una carta o de un correo electrónico), dando a conocer en cada caso actitudes y comportamientos de los hablantes, los que se cristalizan en opiniones, disertaciones o intervenciones diversas que tienen vigencia y clara manifestación en el lenguaje diario.

Al proponer el diálogo como uno de los legados de beneficio para todo encuentro humano, se tiene la certeza de que esta práctica no hace parte de situaciones excepcionales, sino que por el contrario, se desarrolla en las más diversas, constantes y cotidianas áreas de la vida social en las que predomina la interacción de los sujetos y en las que la palabra, como el lenguaje tienen fundamental razón de ser. Y aunque este último se pueda codificar, fijar en el diccionario y en la gramática, la literatura, su vitalidad, envejecimiento, renovación; así como su deterioro y su depuración hasta alcanzar las formas estilísticas del arte literario, todo esto vive y se mantiene, gracias al intercambio dinámico de los interlocutores.

El diálogo: algunas acepciones, características y estructuras.

Gracias al trabajo interdisciplinario que hoy orientan el común de las ciencias, en especial las ciencias sociales y humanas, se han podi-

do considerar, fortalecer y hasta reconsiderar conceptos de palabras y categorías que hoy circulan en el mundo social y en el de la cultura, bien porque su uso los hace permanentes dentro de los intercambios comunicacionales, bien, porque las situaciones de complejidad humano-cultural así lo demanden. Una de las expresiones que ha recibido consideración y atención teórica, especialmente en épocas de dificultad y de conflicto, ha sido la palabra *Diálogo*; de su sentido, antiguo como la palabra misma, nos dan cuenta filósofos, lingüistas, literatos, sociólogos, historiadores, poetas y últimamente los ecologistas, quienes en su defensa ambiental suelen incluir esta expresión como una especie de medio para persuadir acerca de lo importante de pensar en un planeta sano merecido por todos y en el que todos convivamos.

Pero para ganara precisión frente a lo que se quiere exponer con respecto a la voz *diálogo*, diversas apreciaciones procedentes de algunos pensadores hacen coincidir sus puntos de vista en lo que se refiere a ésta como una necesidad del hombre antiguo y contemporáneo. Es lo que se recoge del sentido consignado por Nicolás Abbagnano en su *Diccionario de Filosofía*.

Para buena parte del pensamiento antiguo hasta Aristóteles, el diálogo no es solamente uno de los modos en que puede expresarse el discurso filosófico, sino su modo propio y privilegiado, porque este discurso no es hecho por el filósofo a sí mismo, sino que es un conversar, un discutir, un preguntar y responder entre personas asociadas en el común interés de la investigación (...).

(...) En este sentido el principio del diálogo fue una adquisición fundamental que pasó del pensamiento griego al pensamiento moderno y que en la edad contemporánea conserva un valor normativo eminente (Abbagnano 1978, p 322).

Como género escrito, los antecedentes ofrecidos por el diálogo están fundamentalmente vinculados a la filosofía y a la literatura. Si fuésemos a destacar otros pensadores que han trabajado bajo esta modalidad de discurso tendríamos que considerar al siciliano Sofrón de Siracusa, cuya prosa rítmica surgió quinientos años antes de Cristo y según cuenta la tradición, de éste aprendió Platón el sistema de enseñanza que luego –cien años después– instaurara con éxito en la Academia.

Una presencia tan antigua como la destacada es la que permite identificar en el diálogo

platónico varias características que actualmente se encuentran en situaciones cotidianas, como son: Encuentro fortuito, expresión de sentimientos, manifestaciones de poder de unos sobre otros, alteraciones en la secuencia de los turnos, pero especialmente, la tendencia de los interlocutores hacia un discurso común.

La importancia del diálogo en la experiencia socrática, también convida a detenerse en algunos de sus rasgos, con el fin de entender su sentido, además de conocer su carácter y estructuras.

Si algo puede mantenerse claro a partir del estudio del diálogo socrático y de este recurso como sistema filosófico, es su carácter investigativo, el que incluso hoy, a la altura del tiempo que nos registra como vivientes, tiene vigencia y se impone sobre otras formas de acercamiento a las que ha recurrido el hombre en su afán de comunicarse. El diálogo es la forma por excelencia de la investigación filosófica; ya en sus tiempos, Platón declaraba que el pensamiento es un “diálogo del alma consigo mismo”. El diálogo, en los términos de la Academia Platónica, -a diferencia de la socrática- puede alcanzar una conclusión, si los interlocutores-investigadores llegan a un acuerdo, es decir, cuando se logra que la evidencia de la verdad sea compartida por el interlocutor. Y no se consigue, cuando hay, por parte del interlocutor, una resistencia a realizar el esfuerzo necesario para llegar a ella, como sucede con el *Gorgias*, o cuando muestra su incapacidad para hacerlo como en el *Menón*.

Si se mira con detenimiento la estructura del diálogo platónico y en concreto de los conocidos como diálogos socráticos, se observa que en estos no hay conclusión; generalmente, la discusión –inconclusa– termina con una declaración de impotencia y de ignorancia, a través de la cual Sócrates muestra la debilidad de los argumentos de su interlocutor o lo infundado de sus creencias. No se puede omitir además que cuando el interlocutor se dirige al maestro y le pregunta qué piensa, éste se retira sin responder; su misión, lo dice el mismo filósofo, no es emitir opiniones. Su tarea es examinar a los demás.

La estructura de los diálogos socráticos y su particularidad de no presentar conclusión, se explica en la medida que se comprende que se trata de diálogos que contienen una enseñanza, no de carácter doctrinal, sino de método. El gran mérito del legado socrático es que enseña el alcance de los conceptos empleados en la discusión, no sin antes hacer una revi-



sión detallada y crítica de las nociones que antecedieron a los conceptos posteriormente incorporados a una lengua o a un saber. De ahí que el diálogo sin conclusión tenga gran valor, especialmente en la medida en que deja abierta la posibilidad de su continuación, o en que despeja las dudas que naturalmente surgen en todo encuentro de diálogo.

El histórico legado griego, capitalizado en el significativo recurso del diálogo, ha propiciado el surgimiento de buen número de pensadores, igualmente preocupados por su sentido y alcances; ya Bajtín lo señalaba al decir: "(...)nuestro mismo pensamiento (filosófico, científico, artístico) se origina y se forma en el proceso de interacción y lucha con pensamientos ajenos, lo cual no puede dejar de reflejarse en la forma de expresión verbal del nuestro" (Bajtín 1982, p 282).

Se trata de conocer, pero ante todo de reconocer. Se trata de una de las opciones más interesantes que da esta forma de interacción y este tipo de discurso. Pero además de conocer, se alcanza a construir conocimiento, pues hoy las ciencias son gracias a la confluencia de diversos objetos, no a la supervivencia de unos sobre otros.

"El estar de acuerdo es una de las formas más importantes de las relaciones dialógicas" (1982, p 317), expone el teórico ruso, pero como puede ocurrir que no se logre el acuerdo, si se aspira a alcanzar el respeto por un punto de vista diferente y la independencia de los criterios, cabe la esperanza de la comprensión, no obstante su ausencia.

Pero puede plantearse en este momento, que es requisito para que se origine la comunicación, asumir que la lengua cumple una función plural. Se trata de ir más allá del deseo del intercambio con el otro, de la comprensión, requisito difícil, más no imposible de todo ejercicio dialógico. Entonces, ¿de qué se trata a la postre? De saber incluir la singularidad del otro hablante en el marco de la pluralidad compartida.

Un poco con la idea de retomar algunos de los aspectos hasta ahora planteados y que merecen enfatizarse, diríamos que el diálogo es el estado natural de la lengua y, por tanto de la comunicación, no importa si sus principios y propósitos varían atendiendo a cada caso. Ahora bien, en cuanto a los tipos de diálogo, sucede como en el caso de la conversación, muchos lingüistas y filósofos del lenguaje se han referido de alguna manera e insistentemente al tipo textual. Algunos han hecho énfasis en la enunciación y el enunciado, en

tanto que otros se han dedicado a caracterizar los actos de habla dados en esta forma de comunicación. Al hablar de los géneros discursivos, estudiosos como Benveniste, Malinowski, Fishman, Searle, Grice y Bajtín, entre otros, lo incluyen, bien que se presente como la más cotidiana de las actividades, o como la más artística de las representaciones.

Es por lo anterior que el diálogo, además de estar en el sustrato de otras formas discursivas, subyace a modos particulares y diversos de organización textual, como se llega a apreciar en el teatro, o el cine que suelen tomar el diálogo como forma para desarrollar el discurso a representar. De igual manera, la novela o el cuento, incluyen dentro de su estructura fragmentos dialogados. No está ausente este recurso de la poesía, manifestación que suele incorporar esta forma discursiva como elemento vitalizante de sus versos.

Acerca de la figura del recurso del diálogo en la poesía, y retornando al mundo clásico griego, merece consideración especial la presencia que tiene en el género trágico, pues como bien puede constatarse en las obras de manifestación dramática, el discurso en forma de diálogo es el que fortalece el contenido y sentido de las mismas. Por ello son oportunas unas breves líneas sobre el surgimiento del diálogo en las piezas trágicas griegas.

Al leerse un autor como Sófocles, el primer punto que emerge de manera esencial es el carácter dialogal asumido por diversos personajes en sus piezas. Pero, para entender adecuadamente el recurso del diálogo empleado por el poeta trágico en sus obras, es preciso hacer alusión al segundo personaje en el teatro griego.

Pues bien, de manera casi insospechada, en una primavera ateniense se cambió el rumbo del teatro ante la presencia del segundo actor en el escenario. Esquilo fundará y dará con ello un viraje trascendental a buena parte del teatro y permitirá el diálogo, pues antes las piezas trágicas no incluían este recurso. Después de dicha innovación, el diálogo pasó a ser algo connatural y necesario a la tragedia.

La trascendencia del diálogo, sobresaliente artísticamente a partir de la tragedia griega y desarrollado desde el momento que Esquilo incorporó un segundo actor en el drama, es un efecto que no escapa ni a los hombres de otras geografías y otras épocas, ni a los de los tiempos contemporáneos. Son estas las razones por las cuales se puede hacer referencia al aporte certero y oportunamente elaborado por

Borges (1973). En “El pudor de la historia”, se lee:

Esto pudo ocurrir pero un día, quinientos años antes de la era cristiana, los atenienses vieron con maravilla y tal vez con escándalo (Victor Hugo ha conjeturado lo último) la no anunciada aparición de un segundo actor. En aquel día de una primavera remota, en aquel teatro del color de la miel ¿qué pensaron, qué sintieron exactamente? Acaso ni estupor, ni escándalo; acaso, apenas, un principio de asombro. En *Las Tusculanas* consta que Esquilo ingresó en la orden pitagórica, pero nunca sabremos si presintió, siquiera de un modo imperfecto lo significativo de aquel pasaje del uno al dos, de la unidad a la pluralidad y así a lo infinito. Con el segundo actor entraron el diálogo y las indefinidas posibilidades de la reacción de unos caracteres sobre otros (Borges, 1973, p 596- 597).

No es gratuita la alusión aparentemente pasajera, que en la cita anterior se hace de Pitágoras. En sus planteamientos iniciales, se puede retomar la forma en que este pensador, incursiona en el número para sustentar el principio de todas las cosas. Las cosas, que como él mismo bien lo decía, son distintas unas de otras por motivos numéricos, que pueden aclararnos la idea de que el otro distinto en el diálogo, es quien lo propicia y también lo fortalece. Es así como algunas parejas gestoras del diálogo en obras como *Antígona* (Sófocles, 1981), muestran cómo el otro, el opuesto es quien resulta atractivo para afrontar los encuentros en los que se dice y se responde: Creonte y Hemón; Antígona e Ismene; Creonte y Tiresias, son destacables por sus condiciones de oposición dentro de los personajes que mantienen vigente la condición de diálogo que caracteriza la obra. Puede ilustrarse lo acabado de expresar con algunos versos tomados de la misma.

Antígona. No quieras morir conmigo, ni hagas cosa tuya
Aquello en lo que no has participado. Será suficiente con que yo muera

Ismene ¿Y qué vida me va a ser grata, si me veo privada de ti?

Antígona. Sálvate tú. No veo con malos ojos que te liberes.

Ismene. ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y no alcanzaré tu destino?

(...)Creonte.-Afirmo que estas dos muchachas han perdido el juicio, la una acaba de manifestarlo, la otra desde que nació (Sófocles 1981, p 97).

El principio del diálogo guarda en la obra de Sófocles el carácter de adquisición *normativa fundamental*, puesto que es desde la alternativa dialogal que el autor trágico propone el posible hallazgo de una solución al conflicto central de la pieza. No obstante, los extremos de racionalidad e irracionalidad sobre los que actúan los personajes protagonistas de la misma, impiden la solución esperada y sólo consiguieren la imposibilidad del encuentro por la vía de la palabra o la muerte.

Sófocles en *Antígona* hace dialogar a sus personajes con otros personajes de la escena y con el coro. Hecho que no es circunstancial, pues desde allí se insinúa la necesidad de cercanía que hay en todo sujeto. La pieza está sostenida en el diálogo interno. Cada elemento, cada pregunta o palabra, surgen como opciones para que aparezcan nuevos episodios. El diálogo es entonces, el recurso que privilegia el discutir, el conversar, y el interrogar entre quienes se sienten asociados a un interés común, circunstancia que corrobora, cómo en todo diálogo los participantes luchan desde el decir y a través de la palabra constante por llegar a puntos comunes, bien en lo relativo a una acción ejecutada y que fecundo el encuentro, o bien en lo referente al problema de la Democracia y de la Tiranía; uno y otro, sobresalientes en el drama.

Tal vez, como lo expresa Borges, Esquilo al ingresar a la orden pitagórica no presintió lo significativo de proponer para el escenario a un segundo actor. Pero lo que merece destacarse es su aporte a los dramas posteriores, ya que abrió las puertas a una pluralidad de actores y con ello amplió la magnitud del diálogo que desde la reacción y la diferencia de los interlocutores, aproxima la obra a lo inmediato humano, a lo necesario e inacabable del decir, al desespero de la pregunta que entraña la búsqueda y la aparición única de la respuesta que aclara. El principio del diálogo, guarda en la obra de Sófocles el carácter de adquisición, normativa fundamental, puesto que es desde la alternativa dialogal que el autor propone el posible hallazgo de una solución al conflicto central de la obra.



Encuentro intercultural ¿un diálogo con el Otro?

Como se ha expuesto, el diálogo no es ajeno a manifestaciones literarias entre las que también se destaca la novela, en la cual su presencia es recurso esencial como forma para desarrollar el discurso y la época a representar. Es así como al revisar la obra narrativa del escritor argentino Abel Posse (1991), titulada *Daimón* y en la cual a través de una relectura y reescritura del acontecimiento del Descubrimiento de América, el autor pone en duda, sin abandonar alguno del dato histórico, si lo que se dio con el acontecimiento del descubrimiento fue un diálogo con el *otro*², en tanto fue reconocido; o si lo que sucedió fue un alejamiento de éste, distancia que pudo significar el exterminio del aborígen. Para esclarecer dicha duda se requiere distanciamiento, para hacer una verdadera aproximación a lo que se procura mirar, a lo que se quiere conocer. Se trata de vivir al *otro* como se precisa vivir el arte, para luego hablar de una verdadera experiencia estética. Son palabras que se aproximan a lo planteado por Bajtín cuando manifiesta que *el primer momento de la actividad estética es vivenciar: yo debo vivir- ver y conocer- aquello que él vive(...)* (Bajtín 2000:37). Hablar del *otro*, requiere su previo vivenciamiento, su aproximación, garantizada mediante el ejercicio del diálogo, recurso a través del cual Bajtín, sabe introducirnos en el discurso del *otro* trayendo para ello un interesante texto que habla de saber encontrarse con diversos sentidos culturales:

La cultura ajena se manifiesta más completa y profundamente sólo a los ojos de la otra cultura (...). Un Sentido descubre sus profundidades al encontrarse y al tocarse con otros sentidos, un sentido ajeno: entre ellos se establece una suerte de diálogo que supera el carácter cerrado y unilateral de estos sentidos, de estas culturas (...). En un encuentro dialógico, las dos culturas no se funden ni se mezclan, cada una conserva su unidad y su totalidad abierta, pero ambas se enriquecen mutuamente. (Bajtín 1999, p 352)

Apuntando el carácter abierto y dispuesto que requieren los encuentros con otras culturas, se trata de hacer visibles los sentidos de los discursos insertos en el encuentro con éstas para hacer inteligible y en lo posible

objetivo un discurso, lo que se logra siempre y cuando éste se pueda remitir, conjuncionar con otros discursos. Sólo así se consigue el conocimiento de otras enunciaciones, o mejor, de las que subyacen al acontecimiento central. Se trata entonces de “saber oír al *otro*” y en este sentido, ésta puede ser otra acotación hecha acerca del ya citado pasaje de Bajtín.

Eso significa asumir el hecho de que, desde una perspectiva bajtiniana, el discurso no es y nunca será entera y exclusivamente el de “uno propio”. Para Bajtín, lo mío es subjetividad ilegítima cuando está abstraído del peso valorativo conjunto del **yo con el otro**, de su unicidad: “el ser interior no encarna sino distorsiona (subjetiviza) el sentido”. De modo que el discurso siempre es también el discurso del **otro** que co-participa activamente, en tanto **otro**, en la no-reproducibilidad y unicidad de mi enunciado (Malczynski, 2001 b, p 8).

Conservando la esencia de la cita anterior y que constata que el diálogo se objetiva en la medida que se acoja a la condición de conjunto y no de unicidad, se puede afirmar que el discurso que trajo y sostuvo el europeo en América fue un discurso entera y exclusivamente de él, no había lugar para la palabra, para la intervención del *otro*, como bien lo constatan pasajes de la novela en la que de comienzo a fin se aprecia el aniquilamiento en procura de la “construcción” del nuevo mundo: “Todo les parecía amenaza, desde un huracán del Caribe hasta el paso de un niño indígena cantando por la senda del bosque. Sólo en la muerte (de los otros) creían encontrar la inmovilidad necesaria para su construcción” (Posse 1991: 28-29). Son líneas que muestran claramente lo opuesto al discurso mirado en perspectiva de Bajtín. El discurso colonizador fue un discurso unilateral, es decir, autoritario; fue un discurso para acallar, no tuvo coparticipes, de entrada los inmovilizó. Era lo necesario para dar lugar a un monólogo con escenario de muerte.

El anterior es sólo un ejemplo que corrobora cómo el acontecimiento escrito de la Conquista debe leerse por fuera de las Crónicas y a través de otras creaciones, incluidas las ficciones, para de esta manera comprender, hasta dónde la grandeza de la “obra” del conquistador, hasta dónde su barbarie. Se trata de hacer la lectura y reescritura de textos de la Conquista, ficcionalizados como la novela de Posse, en los que se percibe y se admite un ejercicio que toca los lí-

² El *otro* es el no tenido en cuenta, en lenguaje contemporáneo, el marginado, el omitido, el excluido. El que teniendo palabra le fue negado pronunciarla. A quien en todos los tiempos a causa del peso de la fuerza, le ha sido adverso el del verbo.

mites de nuestra responsabilidad lectora, y que lleva a que sea necesaria una nueva alusión a la visión sobre el *otro*, el cual demanda una mirada singular en procura de la comprensión que su presencia amerita. La de llegar a entender que para éste hubo presencia en tanto obedeció al silencio impuesto, a la negación de la interlocución venida del europeo quien hizo propio el territorio nuevo, no sin antes enmudecer a la fuerza a sus primeros habitantes. Es así como la obra y su reescritura crítica de la Conquista nos sitúa

(...) en el plano de una *interdiscursividad textual* que dé cuenta, identifique las prácticas socio-ideológicas subyacentes y dé razón de las posiciones de enunciación y sus voces, sin las cuales el enunciado permanece ininteligible, *incomprensible* desde una perspectiva bajtiniana (Malcuzyński 2001^a, p 31).

Sólo con un interrogante puede comentarse lo que trae la cita anterior ¿Se habrá situado la historia oficial en el plano de una interdiscursividad textual, luego de los acontecimientos del Descubrimiento, Conquista y posteriores momentos? Al leer la novela se encuentra en ésta que lo más ausente en la época histórica representada ha sido el diálogo, la interlocución, quedando el lugar para la incomprensión, el desconocimiento, la negación de lo que enunciaron las otras voces. Y en consecuencia para mantener cerrada y por la fuerza la alternativa dialógica para el aborigen, quien fue desconocido en su integridad y espiritualidad singulares, diferentes a las del invasor, pero ante todo fue enmudecido, la muerte le sobrevino por la falta de diálogo y porque pudo más el “recurso” castigador de la fuerza. “El informe sobre demografía era desolador: de los millones de locales que había en el momento del descubrimiento de Europa sólo quedaban unos millones de puros sin poder, ni gloria, el resto había sido eliminado con civilización” (Posse 1991, p 237).

Urge, entonces examinar críticamente la memoria y el olvido del relato conquistador y colonial, ambas, circunstancias características, no sólo de dichos períodos históricos, sino que también son el distintivo de las historias latinoamericanas del mundo republicano. Lo que se olvida es la otredad, la alteridad es el

olvido. El valor ético del mundo occidental es lo que se llama la reconstitución de los olvidos. El olvido es el drama de América, drama que no pasa, que parece anclado aún hasta nuestros días, vasta con detener la mirada sobre ciertas realidades nacionales actuales para darse cuenta que en éstas se sobrevive gracias, no a la alternativa discursiva del diálogo, sino, a un cierto velo de olvido que se ha tendido sobre ellas. Este lado de América parece contar y hasta satisfacerse con un único legado, el que niega la presencia y establece la ausencia, en concreto la ausencia del *otro*, al que hay que desaparecer, minimizar en toda relación intersubjetiva, y en lo posible, por completo de la memoria.³ Parece que la memoria actuara como Parca antigua de la que definitivamente hay que huir. El presente ejemplo histórico corrobora y obliga a retornar a las palabras de Bajtín, mediante las que expresa, aquello de que conceder la voz al *otro* es lo más importante, no obstante, eso es algo bastante complicado. Afirmación autorizada y que ayuda a comprender la imposibilidad histórica que deviene a la voz diálogo.

La infaltable presencia de la ética

Problemática nada distante del diálogo como práctica que lleva una vez más a evocar la tradición griega, entendida como una especie de brújula que todavía señala el camino adecuado al pensamiento en sus más elevados tiempos, orientación que hace pertinente pensar la ética en su dimensión colectiva y dialógica, como uno de los beneficios contemporáneos de la filosofía. Urgencia para el mundo práctico del momento, en especial cuando se confirma que uno de los problemas de la ética moderna, su gran problema, cabe decir, “es el de pasar de la moralidad, por la que el individuo se vincula a obligaciones y a su conciencia, a una verdadera ética social” (Gadamer 2002, p 137).

Para el caso de la trascendencia de la palabra en el mundo de la vida, mediado por el mundo del lenguaje, los académicos no podemos negar que si una esperanza suele habitarlos, es la de alcanzar los acuerdos por y a través de la palabra, de la palabra seria y responsable como lo es la de índole académico. No

³ Es el caso de muchos países del mundo que por su situación de violencia y guerra tácita, no están nada lejos de lo acabado de afirmar. O qué más decir de aquellos que ante las desapariciones constantes e indiscriminadas de ciudadanos, ha salido un grupo de profesionales (psicólogos) a introducir paliativos llamados “duelos por desaparición”, especies de alivio a través de los que las familias de las víctimas ante la no aparición de éstas y ante la ausencia de respuesta estatal, terminan por “aceptar” la desaparición, haciendo duelo como si se tratase de su verdadera muerte, y dando paso al posterior olvido a su no definitivo regreso.? ¿Qué decir?



obstante y pese a tal aspiración, lo más usual en este mundo es que la palabra falte y escape el acuerdo. Todo, porque los lenguajes del hombre común y los del especialista o especializado no alcanzan a conformar las redes para el acuerdo, haciéndose cada vez más difícil la comunicación, el acuerdo mutuo.

Pero como el imposible no es una categoría absoluta, ocurre que en los afanes del diálogo y en la necesidad del acuerdo, alcanza a quedar abierto el postigo del mínimo entendimiento, al igual que el visillo por donde circula el múltiple saber contenido desde y para experiencias diversas de pensamiento y palabra, posible muchas veces, gracias a la pluralidad de voces y de razones de las cuales no nos podemos excluir, pues por citar de nuevo a Bajtín, hacemos parte de esta polifonía que conforma el eco y hasta el rumor mundo. Cada voz cuenta, y sin las otras ninguna contaría.

“Cuando los demás entran en escena nace la ética”, es lo que se lee en un diálogo epistolar acerca de la filosofía moral sostenido por dos italianos de actual renombre religioso y académico; se trata de Martini, Obispo de Milán y el semiólogo Eco. Lo interesante de esta misiva titulada como se encabeza este párrafo, descansa en el hecho de que sus remitentes ponen el sentido verdadero de la ética al incorporar la figura y el reconocimiento del otro, así como el ingreso de los otros al mundo de la comunidad. Es aquí donde se pone a prueba el saber y el comportamiento ético, pues en singular, sin considerar la pluralidad es impensable una ética civil.

Y si de identificar una posición ética se trata, conviene plantear que ésta conlleva coherencia en el acto y la palabra, también de la mirada, acontecimiento que por demás es la prueba del reconocimiento del que también somos objeto. La mirada es además un acto ético, es el anuncio de una nueva razón para fundamentar los hechos de la ética, también comprometidos desde la mirada, asumidos por la palabra y continuados por el hecho mismo de actuar. La mirada define y responde; es pregunta y respuesta. “Nosotros (de la misma forma que no somos capaces de vivir sin comer ni dormir) no somos capaces de comprender quiénes somos sin la mirada y la respuesta de los demás” (Eco y Martini 1998: 89- 90).

Estar huérfano de miradas, es también sentir la ausencia de sombra. El hombre sin sombra, simboliza y reclama nuestra responsabilidad ética, nuestra responsabilidad individual ante la crisis colectiva, humana y mun-

dial que afana a estos tiempos de confusión y desesperada búsqueda de pretextos para la guerra, hacia un “voluntario” fin del que podemos ser testigos; y de hecho, los últimos acontecimientos, convertidos en espectáculo de pantallas, nos permiten serlo. De lo que no podemos tener certezas es si presenciamos un fin o una continuación.

Diálogo y mirada están en la base de un texto, de un discurso donde los intercambios de los participantes, sin importar la época a la que pertenecen, sobresalen como declaraciones basadas en dos principios: el de la reciprocidad y la sinceridad, principios necesarios en todo intercambio actual, a toda razón de posible convivencia, otro presupuesto de la ética civil. De no ser así, estará negada la posibilidad de diálogo quedando como única opción la de la suerte oscura e imperante, hoy traducida en forma de incomunicabilidad constante en el hombre del momento.

Para concluir ¿Es declarada la imposibilidad para el diálogo?

Quien responde por estas páginas afirma y sin apresuramientos, que además de posible, hoy el diálogo es conveniente, es una necesidad para todo sujeto portador de lenguaje y que sobrevive al constante conflicto.

El diálogo es fundamental porque ayuda a comprender la importancia de recursos del lenguaje como es y como ha quedado ilustrado a través de dicha acepción y su pertinencia en la interacción humana e interdisciplinaria. A su vez, sirve la filosofía para ayudar a comprender por qué es necesario que los hombres y las disciplinas dialoguen. El recorrido aquí realizado con la voz diálogo es apenas uno de los ejemplos entre los múltiples que existen. Pero lo importante no es sólo cerciorarse de esta posibilidad, es más importante aclarar cuál es su esencia y de ahí comprender su validez para el presente.

De nuevo cabe la pregunta ¿es entonces el diálogo una salida a un mundo de conflictos con difícil solución? Sin duda alguna que la tiene, máxime porque ayuda a comprender que tras el aparentemente simple papel del lenguaje, se ocultan complejos problemas cuya salida reclama otras presencias, y saberes diversos, los cuales pueden incorporar, como se ha procurado en estas páginas, la filosofía, la tradición, la cultura y el arte, los mismos que confluyen para atestiguar la presencia que

concierna a la historia del pensamiento y de la filosofía, presencia del mundo en el lenguaje.

Pero, si el diálogo surge como solución ¿Por qué aparece como un imposible más para el hombre de hoy? Al atender a lo consignado por tradiciones del pensamiento humanista, como la procedente del pensamiento latino, opuesto frontalmente al monólogo, puede afirmarse que el mencionado recurso comunicativo es alcanzable, máxime si su atención se dirige al encuentro interactivo que mediante preguntas y respuestas “establece los presupuestos para alcanzar un *sensus communis*” (Gras 2003: 203). Conviene entonces, un lenguaje interactivo materializado en el difícil, aunque no imposible recurso comunicativo del diálogo. Éste se despliega dentro de toda comunidad, determinando el referente histórico al que pertenece el individuo, dotado del lenguaje que sólo se da en el diálogo, según afirma Gadamer (1994), para rechazar toda manifestación en contra de la hoy reinante incapacidad para el diálogo, como si se negara el lugar a la palabra del *otro*, quien puede reflejarnos lo que somos, descorriendo el velo del universo propio que no es más que el ansia de conversación resuelta en su propio debate, para el que tienen lugar las objeciones, las aprobaciones, los malentendidos, en fin todo el universo de la individualidad, que pese a las limitaciones, no se niega, no renuncia a la alternativa de acuerdo ofrecida de manera exclusiva por la razón, intransferible a la condición del diálogo.

Difícil, pero no imposible, el diálogo es sin duda, el recurso que privilegia el discutir, el conversar, y el interrogar entre quienes se sienten asociados a un interés común. ¿cuál será entonces el impedimento para alcanzar en pleno su realización en los tiempos contemporáneos? Al parecer se trata del predominio de intereses particulares encarnados en los dialogantes, éste es en mi concepto, el mayor impedimento para el diálogo contemporáneo a escala mundial, pues en tanto las intenciones de unos aplastan las de otros, se provoca la ruptura de la palabra y con ésta el acercamiento de los interlocutores; escisiones que acaban por fracturar el día a día entre los hablantes: la palabra, el decir que terminan resonando, mudos y a una distancia que niega el reencuentro.

Referencias

- Abbagnano, N. (1978). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Grijalbo.
- Aristóteles. (1967). “La Retórica” *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Bajtín, M. (1982). “El problema de los géneros discursivos”. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Borges, J. (1973). “El pudor de la historia”. *Prosa*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Eco, U y Martini, C. (1998). *¿En qué creen los que no creen?* Santa Fè de Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Gadamer, H. (1994). *Verdad y método*. Vol. II Salamanca: Sígueme.
- Gadamer, H. (1999). *El inicio de la filosofía en Occidente*. Barcelona: Piados.
- Grassi, E. (2003). *El poder de la fantasía. Observaciones sobre la historia del pensamiento occidental*. Trad. Jorge Navarro Pérez. Barcelona: Anthropos.
- Malczuzynski, M. – Pierrette (2001^a). *Interdiscursividad textual*. Conferencia de clausura VIII° Congreso Internacional de Sociocrítica. Universidad Nacional de Salta. Salta: Argentina. Texto impreso.
- Malczuzynsk, M. – Pierrette. 2001b. “Querer oír al otro. Mijaíl Bajtín y el aprendizaje de la escucha”. *El Cardo*. Revista del Área Didáctica de la Facultad de Ciencias de la Educación. N° 7. Entre Ríos Universidad Nacional de Entre Ríos. Argentina.
- Platón. (1966). “Menon” y “Gorgias”. *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Posse, A. (1991). *Daimón*. Buenos Aires: Emecé.
- Rojas, M. (1998). *El diálogo en el español de América*. Madrid, Iberoamericana.
- Sófocles. (1981). “Antígona”. *Tragedias*. Madrid: Gredos.
- Tannen, D. (1996). *Género y discurso*. Barcelona: Piados Ibérica.